

# Ideologías lingüísticas y las consecuencias de la estandarización<sup>1</sup>

James Milroy  
University of Michigan

Traducción de Gabriela Scherlis y Lucía Godoy para el Seminario “Prácticas y discursos contemporáneos de las academias de la lengua española. Enfoque glotopolítico” dictado por Daniela Lauria y María Florencia Rizzo en la *Maestría en Análisis del Discurso* de la Universidad de Buenos Aires.

## RESUMEN

Este artículo explora los efectos de la ideología de la lengua estándar en las actitudes hacia el lenguaje de académicos y no académicos, y considera hasta qué punto los propios lingüistas se han visto afectados por – y han contribuido con – esta ideología. La definición primaria de estandarización se toma como *la imposición de la uniformidad sobre una clase de objetos*. Las actitudes hacia el lenguaje dentro de las *culturas de lengua estándar* son luego analizadas y contrastadas con situaciones no estandarizadas, en las cuales los límites de las lenguas son indeterminados. Por lo tanto, se sugiere que determinadas lenguas, como el inglés, deben ser definidas más por cuestiones ideológicas que por su estructura interna. A continuación se analizan algunos efectos de la estandarización en el trabajo de los lingüistas. Esto es seguido por una discusión acerca de la importancia del proceso de legitimación en la cultura de la lengua estándar y de la contribución de los propios especialistas del lenguaje a este proceso. Por último, son revisados algunos asuntos que surgen.

PALABRAS CLAVE: estandarización, elaboración de la función, corrección, ideología, legitimación, historicidad.

## 1. INTRODUCCIÓN

Este artículo es acerca de la ideología de la lengua estándar. Los hablantes de ciertas lenguas, incluso aquellas ampliamente utilizadas como el inglés, el francés y el español, creen que existen en formas estandarizadas, y este tipo de creencias afecta la manera en la cual los hablantes piensan acerca de su propia lengua y del “lenguaje” en general. Podríamos decir que los hablantes de esas lenguas viven en culturas de lengua estándar. En el apartado 2 trataré de especificar las principales características de las creencias de los hablantes acerca del lenguaje en esas culturas, llamando la atención sobre las diferencias entre esas creencias y las de los lingüistas.

Pese a lo que parece ser una oposición entre puntos de vista especializados y no especializados, hay que tener en cuenta que las lenguas como el inglés han tenido un papel muy grande al proporcionar los datos sobre los que se construyen las teorías y los métodos lingüísticos. Por lo tanto, dado que estas lenguas son a menudo referidas en sus variedades

“estándar”, hay una probabilidad de que la ideología estándar se haya dejado sentir en lingüística y análisis del lenguaje.

Consideraremos el hecho de que la estandarización de la lengua no es un universal, y por lo tanto, tomaremos nota de la importancia de considerar cómo podría verse y sentirse un universo de lengua no estandarizada, cómo esto da una perspectiva de lo que constituye una “lengua”, y nos permite imaginar el tipo de situación sobre la cual el proceso de estandarización de la lengua podría tener efecto ulteriormente. En tales situaciones, los estadios de la lengua son mucho más abiertos e indeterminados que en la cultura de la lengua estándar más familiar. A lo largo del artículo habrá comentarios ocasionales acerca de la influencia de la ideología estándar en ciertos aspectos del pensamiento académico y en el apartado 4 se discuten ejemplos específicos de esto. En el apartado 5, el foco principal está puesto en la medida en que los mismos académicos han contribuido a la construcción de la ideología del estándar. Allí nos centraremos, en particular, en la idea de legitimidad de la lengua estándar.

Aunque los estudios ideológicos no son una parte central de la teorización lingüística en este momento, algunos académicos han prestado mucha atención a la influencia de las ideologías. Para algunos de ellos, la teorización lingüística está impregnada de influencias ideológicas y la objetividad “científica”, generalmente sostenida por la iniciativa, es por esta razón muy sospechosa. Mucha de la argumentación en este artículo es empática con este punto de vista. En su discusión de lingüística, Joseph y Taylor (1990: 2) lo pusieron de esta forma: “Es nuestra convicción que cualquier iniciativa que declare ser no ideológica y de valor neutral, pero la cual de hecho permanece encubiertamente ideológica y cargada de valores, es más peligrosa por esta sutileza engañosa”<sup>1</sup>.

Esta carga de influencia ideológica encubierta aparentemente se aplica a toda la lingüística; sin embargo, sin llegar necesariamente tan lejos, podemos sospechar que existen influencias ideológicas encubiertas en algunos aspectos del pensamiento lingüístico y que muchas de ellas no son reconocidas o declaradas. Además, algunas de estas influencias provienen del hecho de que, como hemos notado, existe un número de lenguas principales (es decir, ampliamente utilizadas) que poseen formas escritas, cuyos hablantes creen que existen en sus formas estandarizadas. Nuestra confianza en las lenguas estándar de los estados-nación, por lo tanto, podría haber distorsionado, de alguna manera, nuestro entendimiento.

Con estos puntos en mente, primero tenemos que intentar una definición amplia de lo que es la estandarización. Este es un primer paso necesario porque, al igual que algunos otros términos relevantes – como *prestigio* – los términos *estándar* y *estandarización* son usados por los lingüistas de maneras diversas, a veces sin un reconocimiento explícito de las diferencias. Con respecto a la forma interna del lenguaje, el proceso de estandarización funciona promoviendo la **invariancia** o la **uniformidad** en la estructura del lenguaje. Podemos sugerir, por lo tanto, una definición primaria, que no es ideológica y que se relaciona con la estructura interna o la forma física de los objetos estandarizados: **la estandarización consiste en la imposición de la uniformidad sobre una clase de objetos.**

---

<sup>1</sup> N de T. Cita original: “It is our belief that any enterprise which claims to be non-ideological and value-neutral, but which in fact remains covertly ideological and value-laden, is the more dangerous for this deceptive subtlety” (Joseph y Taylor, 1990: 2)

Observe que esta definición asume que los objetos en cuestión (incluidos los objetos abstractos, como el lenguaje) no son uniformes, sino variables por naturaleza. Por lo tanto, la uniformidad debe *imponerse* a tales clases de objetos, y la uniformidad o invariancia se convierte en sí misma en una característica importante de una forma estandarizada de lenguaje. Sin embargo, existen otros significados de “estándar” usados comúnmente, uno de los cuales es, grosso modo, “medida de logro”.<sup>II</sup> En este uso normalmente está involucrado un juicio de valor, aquí el estándar es una vara de medida o un criterio para medir niveles relativos de logro (como en “estándares de reconocimiento” o “mantenimiento de estándares”, etc.). Al igual que otras caracterizaciones posibles de “estandarización”, esta no es de valor neutral y puede ser considerada relevante para la ideología de la estandarización, más que para el proceso. Tomo la uniformidad como algo básico y noto aquí de paso que gran parte de la lingüística ha dependido de idealizaciones uniformes para sus aportes: por lo tanto, ha habido una probabilidad general de que los estadios del lenguaje postulados en enfoques teóricos sean idénticos a las formas más estandarizadas, siendo estas las más uniformes y esa variabilidad “no estándar”, incluso cuando se puede demostrar que está estructurada, será relativamente desatendida. De hecho, la desatención de la “heterogeneidad ordenada” por parte de los teóricos del lenguaje es un tema principal de Weinreich, Labov y Herzog (1968) y es una de las motivaciones básicas para realizar estudios de variación cuantitativa.

Una categoría social que es usada frecuentemente para caracterizar una variedad estándar es excluida de la definición anterior. Esta es la categoría de **prestigio**. Comúnmente la “variedad estándar” ha sido equiparada a “la variedad de mayor prestigio”, en lugar de caracterizarla por la variedad con el mayor grado de uniformidad. Notablemente, esta identificación de “estándar” con “prestigio” se encuentra en la sociolingüística cuantitativa y generalmente también es supuesta en descripciones históricas de inglés y otros idiomas. Sin embargo, si resulta cierto en un caso que la variedad estándar es idéntica a la variedad de mayor prestigio, no se deduce que el alto prestigio sea determinante de lo que constituye un “estándar”. Esto es particularmente claro si nos salimos de la lingüística por un momento: no es sensato aplicar la noción de prestigio a conjuntos de enchufes eléctricos, por ejemplo, aunque estén claramente estandarizados y muchas cosas que no están estandarizadas, como trajes hechos a mano, en realidad pueden ser los que adquieren el mayor prestigio.

De hecho, no es difícil sostener que las variedades de la lengua realmente no tienen prestigio por sí mismas: esas variedades adquieren prestigio cuando sus *hablantes* tienen prestigio alto, porque el prestigio es atribuido por seres humanos a grupos sociales particulares y a objetos inanimados o abstractos, tales como jarrones Ming y variedades de las lenguas, y eso depende de los valores atribuidos a tales objetos. El prestigio atribuido a las variedades de las lenguas (por metonimia) es indexical y está involucrado en la vida social de los hablantes. Ciertamente, la doctrina de la arbitrariedad del signo lingüístico parece requerir que los lingüistas estructurales creen que el prestigio no es una propiedad del lenguaje, ya que es una categoría socialmente evaluativa. *La uniformidad, sin embargo, es una propiedad del sistema de la lengua, no de los hablantes.*

Esto no impide que los académicos afirmen que una forma utilizada por un grupo de alto prestigio, como British Received Pronunciation<sup>2</sup> (RP, como en Gimson 1970), es una forma *estándar* de lenguaje (aunque el acento RP no es ampliamente utilizado). Incluso en la sociolingüística cuantitativa, algunas de las interpretaciones de la variación brindadas recientemente no son claras en la relación de "estándar" con el prestigio. La variación en la comunidad de habla ha sido interpretada en una escala de prestigio, la cual se deriva de la clase socioeconómica de los hablantes, pero esta escala se interpreta frecuentemente como si fuera idéntica a una escala de "estándar" a "no estándar". El modelo de cambio lingüístico de Labov se basa claramente en una comunidad de habla organizada en esta dimensión única. Por ejemplo, según Labov (1994: 78), *los cambios desde arriba*, "son introducidos por la clase social dominante, a menudo con plena conciencia pública"<sup>3</sup>. En su interpretación de las diferencias de lengua de acuerdo al sexo del hablante, el "estándar" y el "prestigio" están estrechamente asociados y son quizás idénticos: "los hombres usan más formas no estándar que las mujeres, menos en función del estigma social en contra de ellos; o, por el contrario, las mujeres usan más formas estándar, respondiendo al prestigio manifiesto asociado con ellas"<sup>4</sup> (Labov, 1990: 210). El supuesto aquí es que las respuestas de los hablantes se clasifican en una escala de "estándar" a "no estándar", que se presenta como idéntica a una escala de prestigio, y las diferencias según el sexo del hablante deben entenderse como que tienen lugar dentro de este universo de lenguaje estándar/no estándar basado en clases. Aunque es cierto que a menudo se asocia con formas de lenguaje que de otro modo pueden definirse como "estándar", estas dos categorías no pueden agruparse así sin causar confusión e inconsistencia en la interpretación. En la medida en que la sociolingüística cuantitativa utiliza el *prestigio* de esta manera, sus interpretaciones de los resultados parecen ser, al menos parcialmente, dependientes de la ideología estándar.

En términos más generales, ha sido bastante habitual en la sociolingüística utilizar la variante "estándar" o "de prestigio" o "estilo cuidado" como el término no marcado en el etiquetado de variables conocidas en inglés; por ejemplo: *eliminación de cópula*, *delección de las consonantes finales*<sup>5</sup>. Los hablantes del inglés afroamericano vernáculo<sup>6</sup> y de otras variedades se representan así como realizando actos de "eliminación" de la forma estándar, cuando la ausencia de las consonantes finales o de la cópula es supuestamente la forma no marcada en su lengua vernácula. Por lo tanto, podría llamarse, con razón, *inserción de cópula*, etc. También en esta característica, la ideología estándar parece estar presente en algún lugar del pensamiento sociolingüístico. Volveremos sobre estos asuntos en el apartado 4 de este artículo.

---

<sup>2</sup> N. de T. Se traduce como "Pronunciación recibida", o "aceptada". También llamado "inglés de la reina", es un acento del inglés estándar en Inglaterra.

<sup>3</sup> N de T. Cita original: "are introduced by the dominant social class, often with full public awareness." (Labov, 1994: 78)

<sup>4</sup> N de T. Cita original: "men use more non standard forms than women, less influenced by the social stigma against them; or, conversely, women use more standard forms, responding to the overt prestige associated with them" (Labov 1990: 210)

<sup>5</sup> N. de T. Esto puede compararse con el tratamiento que la delección del sonido sibilante [s] al final de algunas palabras en español.

<sup>6</sup> N. de T. Traducimos a "inglés afroamericano vernáculo", la sigla AAVE – *African-American vernacular English* – utilizada en los trabajos de Labov (1969) y Fasold (1980) entre otros autores.

El prestigio como criterio no es la única fuente potencial de confusión. Uno adicional que es prominente en la historia de las discusiones sobre la estandarización es la tendencia a usar la *formalidad* o el *cuidado* como un criterio, muchas veces de forma implícita y sin explicación. De hecho, la mayoría de los sentidos en los que se ha entendido el término *estándar*, exceptuando el de uniformidad, son evaluativos, y son más bien consecuencias de la ideología estándar en sí misma, antes que determinantes del proceso de estandarización. Por lo tanto, si tomamos la noción de invariancia en la estructura como definitiva, el "prestigio" se convierte en una propiedad que una variedad (relativamente) uniforme puede, o no, adquirir del estatus percibido de sus hablantes, en un continuo de "menor" a "mayor" y está excluido de nuestra definición. Es decir que en esta explicación el "prestigio", aunque involucrado en la ideología estándar, no tiene nada que ver con el proceso de estandarización. También es importante señalar que en la historia de la estandarización, la uniformidad de uso se ha impuesto *institucionalmente* a los estadios convergentes de lenguas preexistentes.

Si la invariancia se considera como el elemento principal en la definición, una serie de consecuencias derivan de esto, en particular, se vuelve contradictorio hablar de *variación* en una "variedad" estándar de una lengua, ya que una variedad estandarizada debe ser invariable. Pero en la práctica, muchos lingüistas hablan de variación en el "estándar". Podemos evitar aparentes contradicciones al observar que, de acuerdo con nuestra definición principal, no puede haber en el uso práctico nada como una variedad totalmente estandarizada, ya que la uniformidad total de uso nunca se logra en la práctica. La uniformidad en los niveles estructurales de la lengua, sin embargo, puede verse como un *objetivo* lingüístico inmediato de la estandarización como un proceso. Esto es lo que está previsto, y está bastante claro para el inglés hasta principios del siglo XVIII, cuando Jonathan Swift escribió su famosa *Proposal* (reimpreso en Bolton 1966: 107–123) con el objetivo de fijar el lenguaje en una forma estable e invariable para siempre.

En vista de estas cosas, no trataré de definir en términos lingüísticos cuáles son las *variedades* "estándar" de una lengua y cuáles son "no estándar". De hecho, la dicotomía estándar/no estándar está impulsada por una ideología – depende de la aceptación previa de la ideología de la estandarización y de la centralidad de la variedad estándar. Claramente, los dialectos no pueden ser etiquetados como "no estándar" a menos que una variedad estándar sea reconocida primero como definitiva y central. En esta conceptualización, los dialectos se convierten, por así decirlo, en satélites que tienen órbitas a variadas distancias alrededor de un cuerpo central: el estándar. Por lo tanto, en parte para evitar el bagaje ideológico que implica el reconocimiento de la discreción de las variedades, trataré la estandarización en este artículo como un **proceso** que está progresando continuamente en las lenguas que se someten a él.

La estandarización afecta muchas áreas de la vida además del lenguaje: monedas, pesos y medidas, ajustes eléctricos e incluso latas de sopa de tomate. Los productos hechos en fábrica generalmente están estandarizados, en el sentido de que todos los símbolos de cualquier clase son idénticos, y en estos casos la uniformidad es obviamente deseable por razones sociales y, particularmente, económicas. Hay un imperativo económico involucrado. Por lo tanto, en la medida en que los idiomas tienen valores económicos, aquellos que son más afectados por la estandarización (esencialmente aquellos que se dice que tienen variedades "estándar") tienen valores más altos que aquellos que son menos afectados o no se ven afectados en absoluto (y

la metáfora del "mercado lingüístico" se ha utilizado al respecto). La estandarización conduce a una mayor eficiencia en los intercambios de cualquier tipo. El objetivo social y económico del impulso hacia la uniformidad es facilitar lo que Haugen (1966) ha llamado *la elaboración de la función*. En la historia europea moderna, la estandarización progresiva de sistemas monetarios, pesos y medidas, y de bienes fabricados en general, ha ido de la mano del aumento del comercio internacional y del capitalismo, y la estandarización progresiva de la lengua se ha desarrollado junto con la estandarización de estas otras cosas. Muchos autores (historiadores del lenguaje en particular) han tratado la estandarización como si su objetivo principal fuera literario, hacer accesible la gran literatura a un público lector amplio. En el presente reporte, esto no es lo que suponemos. Los objetivos inmediatos del proceso no son literarios sino económicos, comerciales y políticos.

En cuanto a la implicancia de la estandarización en el cambio lingüístico, los especialistas históricos, por ejemplo, Lass (1997: 352–369) generalmente sostiene que el cambio lingüístico en general no es "funcional" o intencional. La estandarización, sin embargo, en la medida en que implica una intervención humana consciente en el mantenimiento del lenguaje y el cambio lingüístico, es funcional y deliberada. El impulso hacia la uniformidad, como hemos visto, tiene objetivos sociales y económicos. Sin embargo, la estandarización como un proceso histórico también está involucrada en la historia del cambio del inglés y otras lenguas; por lo tanto, ciertamente está involucrada, y ha estado involucrada, en el cambio lingüístico. Se entromete en la historia no intencional y no teleológica de una lengua, y ahora hay descripciones en la bibliografía histórica de cambios exitosos en la lengua que surgen de una planificación abierta del lenguaje (por ejemplo, Jahr 1989: 99–114).

La implicancia de la estandarización en el cambio lingüístico generalmente no es reconocida como importante, o incluso relevante, por los teóricos de lingüística histórica, y algunos sociolingüistas tampoco la reconocen. Se puede sugerir aquí que su silencio sobre esta cuestión parte de una distinción muy importante que es casi axiomática en lingüística: la distinción entre las explicaciones internas y externas del lenguaje. La estandarización, al parecer, se considera sociopolítica y, por lo tanto, externa al análisis lingüístico, aunque puede afectar la forma lingüística. Estos académicos probablemente también están afectados por la creencia relacionada de que el análisis lingüístico debe ser ciego sobre si la variedad analizada es "estándar" o "no estándar" (porque se puede pensar que un juicio de valor está involucrado en hacer esa distinción). Volveremos a continuación a la tradicional dicotomía interna/externa en lingüística y los efectos de esto, ya que es muy relevante para nuestro tema, pero primero -para poner nuestra discusión en contexto- debemos considerar los efectos generales de la estandarización del lenguaje en las actitudes de hablantes y oyentes.

## **2. LA CULTURA DE LA LENGUA ESTÁNDAR: ACTITUDES POPULARES**

Un efecto extremadamente importante de la estandarización ha sido el desarrollo de la conciencia entre los hablantes de una forma lingüística "correcta" o **canónica**. En lo que ha denominado anteriormente culturas de lengua estándar, prácticamente todo el mundo se suscribe a la ideología de la lengua estándar y un aspecto de esto es la creencia en la **corrección**.

Esta creencia toma la forma de que, cuando hay dos o más variantes de una palabra o construcción, solo una de ellas puede ser correcta. Se da por supuesto como **sentido común** que algunas formas son correctas y otras incorrectas, y esto es así incluso cuando hay desacuerdo sobre cuál es cuál. Por lo general, no hay desacuerdo: el enunciado: *yo lo visto* (*I seen it*), por ejemplo, es *obviamente* incorrecto, y *yo lo vi* (*I saw it*) es – igualmente obvio – correcto. Para la mayoría de las personas en las culturas de lengua estándar que prestan atención al lenguaje, esto es así: *no se necesita justificación* para rechazar *yo lo visto*, y cuando se da una justificación (por ejemplo: que *visto* es el participio, no el tiempo pasado), es a posteriori. De hecho, todos los argumentos prescriptivos sobre la corrección que dependen de factores intralingüísticos son racionalizaciones a posteriori y hay muchos de ellos en la historia de las actitudes hacia el inglés, en manuales de corrección e incluso en historias descriptivas del inglés. Pero una racionalización intralingüística *no es la razón por la cual* se cree que algunos usos son incorrectos. La razón es que es simplemente de *sentido común*: todo el mundo lo sabe, es parte de la cultura saberlo y usted será un *outsider* si piensa lo contrario: *no participa de la cultura común*, por lo que sus opiniones pueden descartarse. En este sentido, los lingüistas que afirman que *yo lo visto* no es agramatical están situándose a sí mismos fuera de la cultura común.

Es importante darse cuenta de cuán poderosa es la apelación al sentido común. Llamarlo "sentido común" implica que cualquier debate sobre el tema es superfluo: todos deben saber con certeza que la opinión expresada es el punto de vista correcto, responsable, decente, moral. Aquellos que estén en desacuerdo no pueden ser tomados en serio: es probable que sean excéntricos, irresponsables o, tal vez, deshonestos. Por ejemplo, Milroy y Milroy (1999: 135-136) señalan que el "sentido común" era la pancarta bajo la cual el Secretario de Educación británico, Kenneth Baker, rechazó en 1989 las recomendaciones de un comité de educadores y lingüistas sobre la enseñanza del idioma inglés en el nuevo "currículo nacional" (para una discusión importante de esto, véase Cameron 1995: 78-115). Como estos expertos carecían de sentido común por implicación, sus puntos de vista podían ser rechazados definitivamente.

El movimiento "*English Only*"<sup>7</sup> en Estados Unidos puede ser citado también como un ejemplo de esto. Se puede afirmar que es de sentido común que el inglés debe declararse como el idioma oficial de Estados Unidos, ya que es la lengua tradicional principal y la lengua de la mayoría; por lo tanto, la posición de "*English Only*" tiene un gran poder de persuasión y será aceptada por muchas personas bien intencionadas que no se dan cuenta de que está cubierta de actitudes políticas específicas (a menudo xenófobas).

Ahora bien, aunque las actitudes de sentido común son actitudes cargadas ideológicamente, quienes las sostienen no lo ven de esa manera: creen que sus juicios adversos sobre las personas que usan el lenguaje "incorrectamente" son juicios puramente lingüísticos sancionados por las autoridades sobre el lenguaje, y esta creencia es, en parte, una consecuencia de la estandarización. Las personas no necesariamente asocian estos juicios con prejuicios o discriminación en términos de raza o clase social: ellos creen que, cualesquiera que sean las características sociales de los hablantes, estas personas simplemente han usado el

---

<sup>7</sup> N. de T. El nombre del movimiento significa "Sólo inglés", y es un movimiento político que propone el uso de la lengua inglesa como única lengua oficial en los Estados Unidos.

lenguaje de una manera errónea y que para ellos es accesible aprender a hablar correctamente. Si no lo hacen, es su propia culpa como individuos, cualquiera sea su raza, color, credo o clase: hay muchos modelos para ellos de "buen" discurso. De hecho, el público en general, incluidos los que emiten juicios sobre la corrección, a menudo están dispuestos a admitir que ellos mismos cometen errores y no son competentes en su propio conocimiento del idioma. Ellos requieren la orientación de autoridades privilegiadas. Este último comentario plantea un punto crucial para comprender los efectos de la ideología estándar y las diferencias entre la mayoría de los lingüistas y el público en general sobre este tema, así que considerémoslo un poco más.

La ideología requiere que aceptemos que **la lengua (o una lengua) no es la posesión de los hablantes nativos**: ellos no están preprogramados con una facultad de lenguaje que les permita adquirir (o desarrollar) "competencia" en la lengua sin que se les enseñe formalmente (si se concede que están equipados con dicha facultad, esto se trata como algo sin importancia). Lo que adquieren de manera informal antes de la edad escolar no es confiable y aún no es del todo correcto. En este contexto general, la "intuición del hablante nativo" no significa nada y las secuencias gramaticales no son producto de la mente del hablante nativo. Son definidas exteriormente en libros de gramática y es en la escuela donde el aprendizaje de la lengua real tiene lugar. Es de sentido común que a los niños se les deben enseñar las formas **canónicas** de su propia lengua materna, principalmente en la escuela (para muchos ejemplos de esta suposición, vea Cameron, 1995) aquellos que conocen las reglas de "gramática", los significados correctos de las palabras y la pronunciación correcta, y que estas reglas y normas existen todas fuera del hablante. Las autoridades (generalmente sin nombre) de las que dependen los hablantes (y sus maestros) tienen acceso privilegiado a los misterios de la lengua y tienen algo del estatus de los sumos sacerdotes (*chamanes de Bolinger*, 1981). Si lo expresamos en términos de lo correcto y lo incorrecto, tal vez también podamos advertir de paso, que para muchos la materia no es solo social, sino también *moral* (véanse los puntos de vista de Marsh, 1865, señalados en el apartado 5, más abajo).

Como resultado de todo esto, todos se vuelven capaces de saber que *it's me* (*soy yo*), por ejemplo, es incorrecto, *independientemente de la frecuencia con que se use* ("¡Sí, de hecho, yo digo "*it's me*" pero sé que es incorrecto!"). Si los individuos no conocen este tipo de cosas, se identifican a sí mismos como no pertenecientes a la comunidad que puede distinguir el bien del mal. La forma canónica del idioma es una herencia preciosa que se ha ido acumulando a lo largo de las generaciones, no por los millones de hablantes nativos, sino por unos pocos que le han prodigado cariño puliéndola, refinando y enriqueciéndola hasta que ha devenido en un instrumento de expresión (a menudo se cree que son figuras literarias, como Shakespeare). Esta es una opinión sostenida por personas de muchos ámbitos de la vida, incluidos los plomeros, los políticos y los profesores de literatura. Se cree que si la variedad canónica no está universalmente respaldada y protegida, el idioma inevitablemente declinará y decaerá. La visión apocalíptica es clara en la siguiente cita, que es solo una entre muchas con el mismo efecto:

"No debe olvidarse que el cuidado y la decisión han operado en el desarrollo de una lengua. No hay mucho futuro para ninguna lengua si se deja exclusivamente en manos de los descuidados y los ignorantes. O, lo que es peor, en manos de esas poderosas minorías que explotan formas de

lenguaje degradadas para sus propios fines.” (Bernard Richards, Oxford, citado en el *Manchester Guardian Weekly*, 25 de enero de 1998, citado en Milroy y Milroy 1999: 43)<sup>8</sup>.

“No debe olvidarse...”: esto implica que no es necesario demostrar que “cuidado y decisión” han operado en la historia del lenguaje. Todo el mundo sabe esto, es *obviamente* cierto. También es de interés que el contexto de esta cita incluya un ataque a lingüistas profesionales (sobre lo cual ver Milroy y Milroy 1999: 43), así que podemos sospechar que los “lingüistas” son parte de la conspiración poderosa y subversiva “que explota formas degradadas del lenguaje para sus propios fines”. Este es un aspecto de lo que hemos llamado *la tradición de la queja* (Milroy y Milroy 1999), que se remonta a siglos atrás. Tiene un papel importante en el *mantenimiento* de la lengua estándar.

He considerado este tema con cierto detalle, no para argumentar que estos puntos de vista son tontos o paranoicos, sino para señalar que existe una lógica discernible en ellos. Por lo tanto, es un error descartarlos como paranoia. Algunos lingüistas han intentado participar en debates sobre estos asuntos, generalmente señalando que tales puntos de vista son incorrectos, y parece que no siempre han entendido completamente el poder de las ideologías de la lengua que dirigen la opinión pública sobre estos temas. Un componente básico del razonamiento aquí surge de la creencia de que la lengua es un bien *cultural* análogo a la religión y los sistemas legales, en lugar de parte de las facultades mentales y cognitivas humanas. Hay mucho que me parece “teológico” al respecto. Sin embargo, en la medida en que el lenguaje en realidad es un objeto cultural, difícilmente puede decirse que estos puntos de vista sean completamente erróneos y tampoco en este sentido son irracionales. Por lo tanto, deben ser respetados y tomados en serio. Las opiniones públicas son profundas y sinceras, y están muy extendidas en la sociedad, independientemente de cómo los lingüistas mal informados las consideren. También son manifestaciones de posiciones ideológicas y creencias profundamente arraigadas, y nosotros las ignoramos bajo nuestro propio riesgo. Si le decimos a la gente cosas sobre el lenguaje que ellos creen firmemente que son falsas, desconfían de nosotros y rechazan lo que decimos.

En vista de todo esto, será claro, espero, que los lingüistas que intentan persuadir directamente a los laicos de que todas las formas lingüísticas son iguales y que la discriminación lingüística es injusta, han malentendido la naturaleza del diálogo. No se trata de la estructura del lenguaje, ya que los lingüistas entienden que es ideológica, y si los lingüistas afirman que todas las variedades del lenguaje son “gramaticales” (que por supuesto lo son), sus puntos de vista se interpretarán como ideológicos, no lingüísticos. Esto se debe en parte a que, cuando expresan sus puntos de vista, estos lingüistas sí tienen una agenda ideológica, es decir, alterar las opiniones públicas sobre el uso del lenguaje. No son, en este punto, científicos desinteresados y el público es apropiado para percibir esto. Esto es cierto incluso en las afirmaciones perfectamente correctas sobre la igualdad lingüística de diferentes dialectos, como los argumentos para el reconocimiento del “ebónico” (inglés vernáculo

---

<sup>8</sup> N de T. Cita original: “It should not be forgotten that care and decision have operated in the development of a language. There is not much of a future for any language if it is left exclusively in the hands of the careless and the ignorant. Or worse, in the hands of those powerful minorities who exploit degraded forms of language for their own ends”. (Bernard Richards, Oxford, quoted in the *Manchester Guardian Weekly*, January 25, 1998, cited in Milroy and Milroy 1999: 43)

afroamericano) como una forma de lenguaje en sí mismo: estas son declaraciones necesariamente orientadas ideológicamente que atraerán respuestas ideológicas no basadas principalmente en la forma y estructura lingüística. A veces, por supuesto, estas respuestas son fanáticas y vergonzosas, y tienen poco que ver con el lenguaje, pero ese no es mi punto aquí. En cuanto a los puntos de vista del Sr. Baker mencionados anteriormente, estos, junto con la imposición del plan de estudios nacional, constituyen parte del proceso por el cual se mantiene la lengua estándar y mediante el cual se le confiere **legitimidad** (consideraremos la idea de legitimidad a continuación). El Sr. Baker se había convertido por un tiempo en un funcionario en el proceso de **mantenimiento** de la lengua estándar.

Como podemos ver en lo anterior, no es meramente la lengua estándar lo que debe mantenerse: es la lengua como un todo, y en la mente no profesional el estándar idealizado es lo mismo que la lengua como un todo. Es una entidad cosificada con una forma canónica que es uniforme en todas partes. Es la forma que se cree que es "educada" o "cuidadosa", que también es la forma que ha sido legitimada por una larga tradición. No puede ser, por ejemplo, la forma de una clase baja de Brooklyn, el 'cockney' (dialecto de Londres) o el inglés vernáculo afroamericano. Estas variedades no han sido legitimadas: sus estructuras internas se desvían de la estructura lícita del idioma. Las gramáticas y los diccionarios son relatos autorizados del "lenguaje", que está consagrado en ellos casi como algo tangible, más que como la abstracción que realmente es. Lo que ha sido llamado la "hegemonía" del estándar, sin embargo, también constituye una dificultad para los lingüistas (con frecuencia variacionistas) que han abogado por la tolerancia de la variación lingüística.

Esto se debe a que tales lingüistas suelen argumentar a favor de la igualdad de las diferentes variedades en términos de una oposición abierta entre "estándar" y "no estándar", y hemos comentado anteriormente sobre esta conceptualización del "espacio" sociolingüístico. Michael Silverstein (1996: 284) señala que cuando el debate se enfoca de esta manera "en términos de El Estándar frente a supuestos polos opuestos, el hecho de que la situación se conceptualice en términos de El Estándar indica... su dominación hegemónica sobre el campo de controversia *sin importar qué posición se tome con respecto a esto*"<sup>9</sup> (mis itálicas). Pero así es como el debate suele enfocarse en gran parte de la sociolingüística y entre quienes intentan comunicarse con el público sobre estos asuntos, y en ese sentido puede decirse que esos lingüistas están (inconscientemente) esclavizados por la ideología estándar (véase también Coupland 2000: 627).

Pero este es un punto sofisticado y muchos lingüistas ni siquiera llegan tan lejos: ellos no consideran importante pensar en la estandarización en absoluto y no tienen en cuenta la incrustación ideológica de su propio trabajo en una cultura de lengua estándar. Si, de hecho, la teoría lingüística ha dependido en gran medida, y modelado a partir de las propiedades de variedades uniformes y estandarizadas, esto puede importar, o no, en casos particulares, pero lo que en la actualidad está claro es que la idea de lo que se *crea* que constituye una "lengua"

---

<sup>9</sup> N de T. Cita original: "In terms of The Standard versus whatever purportedly polar opposites, then the fact that the situation is conceptualized in terms of The Standard indicates . . . its hegemonic domination over the field of controversy no matter what position is taken with respect to it" (Silverstein 1996: 284)

difícilmente puede escapar a la influencia de la ideología estándar. Pasamos a esto ahora.

### 3. EL LENGUAJE EN UN UNIVERSO NO ESTANDARIZADO

La estandarización de la lengua, como hemos advertido anteriormente, no es un universal. Algunas lenguas no tienen formas que sean reconocidas como estándar y algunas culturas no son culturas de “lengua estándar”. Se ha informado que algunos estadios de las lenguas no son concebidos por sus hablantes como estadios particulares y definibles con límites precisos que los señalan como formas diferenciadas respecto de otros. Es posible suponer que los abordajes teóricos de la lingüística deberían intentar dar cuenta de estos estadios indeterminados e inestables de las lenguas, tanto como de aquellos que son claramente definidos por autoridades doctas en los estados-nación sumamente desarrollados. Si fuéramos a considerar esos estadios indeterminados como básicos, también deberíamos pensar de manera bastante diferente acerca del lenguaje, por ejemplo, tendríamos que pensarlo de una manera más amplia, como un proceso dinámico antes que como un objeto fijo, una idealización estable en un estado finito y sincrónico. Es posible que haya consecuencias para algunos de los principios o axiomas saussureanos, como las dicotomías sincronía/diacronía; interno/externo. Pero aquí no estoy preocupado con lo que *podría* suceder, solamente con el hecho de que muchas lenguas no son lenguas estándar y, en parte por esa razón, no tienen límites definidos y pueden no ser descriptibles fácilmente en los modos en los que convencionalmente se describen las lenguas.

Algunos académicos han estudiado detenidamente estas situaciones lingüísticas. Entre ellos, George Grace (1990, 1991, 1993) ha escrito profusamente acerca de las dificultades para definir lo que constituye el conocimiento de la lengua y el conocimiento de *una* lengua, y acerca de las dificultades al lidiar con ciertas lenguas austronesias en términos neogramaticales y estructuralistas. Los límites de determinadas lenguas parecen ser usualmente indeterminados o indeterminables, y en un punto Grace (1990: 169) llega a sugerir que el lenguaje como un todo no tiene una existencia separada en la mente de sus hablantes. Luego, él anota: “Una de las cosas que yo encontré desconcertante fue que en algunas áreas la gente parecía no tener una concepción de cuál era su lengua y ningún sentido de pertenencia a una comunidad lingüística”<sup>10</sup> (Grace, 1991: 15). Peter Mühlhäusler discute, en cierta medida, cuestiones similares, aludiendo a Grace y citando (1996: 334), entre otras cosas, un comentario de Heryanto (1990: 41): “El lenguaje no es una categoría universal o una actividad cultural: a pesar de que suene extraño no todas las personas tienen una lengua en el sentido que este término es generalmente usado”<sup>11</sup>. Donde no hay centralización ni estandarización, parece, a juzgar por estas observaciones, que “las lenguas” son entidades mucho más fluidas e inestables que lo que los lingüistas parecen haber creído, y no siempre

---

<sup>10</sup> N. de T. Cita original: “One of the things I found puzzling was that in some areas the people seemed to have no conception of what their language is and no sense of belonging to a linguistic community” (Grace, 1991: 15)

<sup>11</sup> N. de T. Cita original: “Language is not a universal category or cultural activity: though it may sound odd not all people have a language in a sense of which this terms is currently used”. (Heryanto, 1990: 41)

son reificadas por sus hablantes: estas lenguas no encajan fácilmente dentro de la explicación estructuralista de las lenguas como sistemas coherentes de partes interdependientes. Si estos puntos de vista pueden ser sostenidos por académicos minuciosos, vale la pena considerar que, tal vez, hemos estado forzando las lenguas a un estado mayor de orden y definición que los que poseen realmente como lenguas. Ciertamente, la idea de Grace (1981: 263-264) de que cada individuo concibe una realidad lingüística inmediata en términos de *grupos de recursos lingüísticos* (mis itálicas) y no como una lengua en estado finito y completo, podría ser una base atractiva para una teoría del lenguaje verdaderamente sociolingüística (la cual, desde mi punto de vista, no existe todavía), espero decir más sobre esto en otra parte.

Mühlhäuser (1996: 328) también lista un número de creencias que, en su opinión, subyacen en los abordajes lingüísticos convencionales. Dos de estas son: *la creencia en la separabilidad de los lenguajes respecto de otros fenómenos no-lingüísticos*; y *la creencia en la existencia de lenguajes separados* (énfasis mío). Él agrega que “ninguna de esas creencias, en mi opinión, ha sido particularmente útil en el estudio de las lenguas tradicionales del área del Pacífico”<sup>12</sup>. Tal vez las “lenguas” no pueden siempre ser separadas consistentemente las unas de las otras o de su contexto social.

Por supuesto, es importante ser claros sobre si estamos lidiando con el *lenguaje* como un todo o con “lenguas” específicas. Mantenerlos separados puede ser difícil, ya que claramente necesitamos datos de las lenguas para respaldar cualquier teoría del “lenguaje”. Dadas estas situaciones indeterminadas, podemos contemplar la posibilidad de que tal vez no haya un universal lingüístico que consista en que el *lenguaje* necesariamente se separe en distintas *lenguas* como parte de su naturaleza intrínseca (muchos teóricos estarían de acuerdo con esto), y -adicionalmente- que las distintas lenguas cuya existencia es reconocida, se deba en gran parte (o posiblemente, en su totalidad) al resultado de factores sociales, geográficos, ideológicos o culturales, y no principalmente a una necesidad motivada desde el interior de la lengua (me he inclinado hacia esta opinión a veces). Si este punto de vista se toma en serio, se plantea la dificultad de que, para decir qué son las lenguas, qué son las gramáticas de estas entidades, *tendremos que definir las en los mismos términos que Saussure excluyó al constituir la lingüística como un objeto de estudio*. Estas son las características que él definió como externas: “mi definición de la lengua”, sostuvo, “presupone la exclusión de todo aquello que sea ajeno a su organización o sistema, en una palabra, de todo aquello que sea conocido como lingüística externa”<sup>13</sup>. (tr. Harris 1983: 20: revisar también la excelente discusión de Crowley de 1990 sobre esta dicotomía). Entre esos factores externos (que incluyen, por ejemplo, las relaciones entre la lengua y la historia política, social o cultural), la estandarización se destaca como crucialmente importante en la definición de lo que constituye una lengua. Ahora, como he asociado la estandarización lingüística con la estandarización de otras cosas, déjenos poner estos argumentos en una perspectiva más amplia considerando más extensamente cómo debe lucir y (sentirse) un universo no estandarizado (recuerde también que la imposición de la estandarización sobre objetos

---

<sup>12</sup> N. de T. Cita Original: “[n]one of these beliefs, in my view, has been particularly helpful in the study of the traditional languages of the Pacific area” (Mühlhäuser, 1996: 328)

<sup>13</sup> N. de T. Cita original: “My definition of language presupposes the exclusion of everything that it outside its organisation or system- in a word of everything known as external linguistics” (tr. Harris 1983: 20)

particulares, incluyendo el lenguaje, implica que tales objetos son, en su naturaleza, elementos no uniformes sino variables).

La estandarización, como señalamos anteriormente, se aplica a muchas cosas además del lenguaje. La implementación de la estandarización para esas cosas ha sido relativamente reciente y, de alguna manera, bastante gradual, y los historiadores de la economía han tenido algo que decir acerca de eso. Heilbroner (1999: 22) cita un reporte de las dificultades encontradas por un comerciante alemán cerca de 1550:

Andreas Ryff, un comerciante... [está]... preocupado por las molestias de la época: en el tiempo que ha viajado, ha frenado aproximadamente una vez cada diez millas para pagar un peaje de aduanas entre Basle y Colonia pagó treinta y un impuestos... cada comunidad que visitaba tenía su propio dinero, sus propias reglas y sus propias regulaciones, su propia ley y orden. Solamente en el área cerca de Baden hay 112 medidas de longitud diferentes, 92 medidas cuadradas diferentes, 65 medidas secas diferentes, 163 medidas para los cereales, 123 para los líquidos y 63 medidas especiales para el licor y 80 libras de peso distintas.

En la actualidad, es posible que encontremos esa situación difícil de imaginar, pero ha sido la norma por largos períodos históricos y puede seguir siendo lo normal en algunas partes del mundo. Hasta el siglo XVI (y probablemente también más tarde) las pequeñas comunidades todavía se aferraban a normas locales en las monedas, los pesos y las medidas, y se identificaban a sí mismas por este conservacionismo como diferentes de otras comunidades. Estas diferencias en los pesos, las medidas y el dinero fueron índices de pertenencia a pesar de las dificultades que causaban. En muchas áreas de la vida, aquellos cambios que pueden conducir a una situación más simple y al progreso económico, por lo general son fuertemente resistidos. En las políticas europeas actuales, la resistencia al *euro* como moneda europea común es un ejemplo de ello. Era importante para estas pequeñas comunidades del siglo XVI poder mantener las diferencias índiciales con las cuales distinguirse una de la otra. La estandarización, como se impone desde arriba, es normalmente resistida.

El universo de lengua no estandarizada es esencialmente el mismo que este. No nos cuentan acerca de los dialectos de esas comunidades alemanas, pero podemos estar razonablemente seguros de que eran tan divergentes como sus monedas. La estandarización de la lengua ha sido gradual en la historia y muchos se han aferrado a las normas locales y han resistido las innovaciones que penetraban desde afuera, incluyendo las influencias estandarizadoras. Los dialectos escritos del inglés medieval (1100-1500) son usualmente muy divergentes unos de otros, y muchos de los textos escritos de este período también exhiben una variabilidad interna sustancial, principalmente en la ortografía y los morfemas finales (Milroy, 1992a). Nos podemos dar una idea de esta diversidad no estandarizada nada más que con el inglés medieval que tenía cerca de 500 formas solamente para escribir la palabra *through* (Smith 1996: 76). En el siglo XVI (como es generalmente reconocido) el fenómeno ahora llamamos inglés estándar estaba en proceso de desarrollo, dependía en gran medida del canal escrito, pero no fue tanto su avance en algunos aspectos (especialmente en la pronunciación) y los dialectos locales muy divergentes del inglés disfrutaban una vida próspera. Una forma de ver esto es decir que la tendencia natural del lenguaje (si aceptamos que existe una tendencia “natural”) para divergir regional y socialmente no ha sido capturada en ninguna medida por la

estandarización institucionalizada. En general, sin embargo, como una lengua es algo mucho más complejo que las monedas, etc. la estandarización del lenguaje, en todos los niveles y en ambos canales de trasmisión, nunca está totalmente lograda y el estándar está siempre en proceso mantenimiento. Incluso algunos aspectos de la lingüística y del estudio del lenguaje tienen un efecto de legitimación y justificación canónica de las variedades: las historias convencionales del inglés y del francés son pensadas como codificaciones que legitiman estas lenguas historizándolas, discutiremos este tópico más profusamente en la sección 5. Pero si no existen serias discontinuidades en la transmisión del lenguaje, la estandarización es progresiva- el inglés se ha desarrollado a través del tiempo en niveles cada vez más altos de estandarización en varias fases de este proceso y, dentro de la cultura, ha sido cada vez mayor la aceptación de la ideología de la estandarización.

Las lenguas del Pacífico referidas anteriormente son fluidas y altamente variables: no está claro dónde termina una y empieza otra. No han ingresado en el proceso de estandarización que les impondría gran uniformidad y límites más definidos entre ellas. Mühlhäuser (citado previamente) ha sugerido que nuestras ideas acerca de lo que constituye el lenguaje son eurocéntricas u “occidentales”, y que las teorías lingüísticas basadas en estas ideas son eurocéntricas (la teoría neogramatical, el estructuralismo, la gramática generativa, etc.), pero aunque esto sea cierto o no, las lenguas mayores que han provisto los modelos tradicionales para la descripción del lenguaje han sido afectadas por la estandarización. El estado de no estandarización de las lenguas del Pacífico es comparable con los pesos y las medidas en Alemania y es similar a la situación dialectal del inglés en 1300 más o menos. Se puede decir que el inglés, el francés, el alemán y otras lenguas han pasado por todas las fases de estandarización (Haugen, 1966; Milroy y Milroy, 1999) para existir, en un nivel altamente idealizado, como lenguas estándar. Pero, desde este punto de vista, estas no son lenguas vernáculas y nadie las habla exactamente: la ideología del estándar decreta que el estándar es una idea en la mente- esto es *una variedad claramente delimitada, perfectamente uniformada y perfectamente estable*- una variedad que nunca está perfecta y consistentemente realizada en el uso oral.

Pero, por supuesto, si nosotros decimos que la lengua estándar existe en un nivel idealizado, debemos aceptar que otras variedades definibles pueden existir también en un nivel idealizado. Este parece ser el punto en el cual los enfoques lingüísticos del inglés estándar se topan con dificultades. Los lingüistas que insisten en un análisis interno como criterio (excluyendo los factores externos) pueden también insistir en que el inglés estándar es meramente un “dialecto” entre muchos, un punto de vista que nos lleva de vuelta a Henry Sweet (1845-1912), si no antes. Si nosotros reificamos todos estos dialectos como estados estáticos y uniformes, el dialecto estándar simplemente toma su lugar como uno de ellos y esto es lo que muchos lingüistas dirán: en su estructura interna los dialectos estándar no pueden ser mejores ni peores que ningún otro dialecto, los juicios de valor basados socialmente no son parte de la ciencia lingüística. Ideológicamente, sin embargo, la lengua estándar no es meramente un dialecto, y si nosotros no reconocemos esto y no atendemos a la estandarización como algo que valga la pena investigar por sí mismo, tendremos deficiencias en nuestro entendimiento de la naturaleza del lenguaje en su uso social, en particular las funciones indexicales de las formas variantes. Como “la sociedad” es el único lugar en el cual el lenguaje es usado, esto debe estar de alguna manera involucrado en nuestro entendimiento

de lo que el lenguaje es. Las variedades estándar en la medida en que pueden ser claramente caracterizadas tienen propiedades superiores de aquellos llamados dialectos no estándar (en la medida en que *ellos* puedan ser claramente caracterizados) y nuestra discusión sugiere fuertemente que las lenguas que tienen variedades estándar son, en algunos aspectos, diferentes de aquellas que no las tienen. El proceso de la estandarización de una lengua se construye sobre el universo no estandarizado del lenguaje que hemos discutido. Hemos señalado en la sección 2 algunos de los efectos de esto en las actitudes populares y no profesionales hacia el lenguaje, en la sección 4 consideraremos algunos aspectos del efecto de la estandarización y de esta ideología en el trabajo de los lingüistas profesionales.

#### 4. LA ESTANDARIZACIÓN Y EL LINGÜISTA

Es una verdad indiscutida que mucho de la lingüística descriptiva y teórica junto con mucho de la lingüística histórica ha dependido de, o modelado su metodología, en el estudio de las lenguas mayores (es decir, aquellas ampliamente utilizadas) en culturas de lengua estándar, en las cuales una lengua ha sido considerada como existente en su forma estandarizada, clásica o canónica. La lingüística histórica del siglo XIX, por ejemplo, estaba basada prácticamente en las lenguas antiguas que habían sido heredadas como entidades fijas y altamente invariantes. Los teóricos modernos también han dependido de estadios uniformes de las lenguas y, a veces, han sido explícitos acerca de la reificación de las lenguas particulares (principalmente el inglés) en su forma estándar, al igual que lo hacen los no especialistas. Chomsky y Halle (1968), por ejemplo, expresan bastante enfáticamente que ellos estaban conformes de usar un listado de Kenyon-Knott<sup>14</sup> como el punto de referencia para sus propuestas acerca de la fonología del inglés y de la teoría fonológica.

Desde luego no hay razón por la cual no se debería confiar en los listados del inglés estándar para diferentes propósitos, siempre y cuando se expliquen los argumentos que son esgrimidos para justificar el uso de la variedad estándar, y no otras formas, en un momento determinado, y siempre que podamos estar seguros de que es lo apropiado en esa instancia. Pero, se hizo poco o ningún intento para realizar esto: usualmente es simplemente asumido o afirmado que la variedad estándar es la adecuada para propósitos particulares. Chomsky y Halle simplemente hacen una afirmación, y Chomsky y otros continuaron afirmando que las diferencias entre los dialectos de una lengua en cuanto a la fonología y la gramática son superficiales y no profundas, sin demostrar su caso con un análisis en profundidad de diferentes variedades, incluso, en igualdad de condiciones, lo que sea tomado como la variedad estándar. Entonces, esos abordajes generativos son claros ejemplos de la dependencia de lo que Silverstein (1996) llama el estándar hegemónico. Este se convierte en un punto de referencia central y las otras “gramáticas”, las cuales no son estudiadas directamente o no son descritas adecuadamente, son concebidas como una estructura superficial derivada de aquella. Presumo que no necesito demostrar en detalle cuán

---

<sup>14</sup> N. de T. El autor hace referencia al *Diccionario de Pronunciación del Inglés Americano (A Pronouncing Dictionary of American English)* escrito por John Samuel Kenyon y Thomas A. Knott y editado por primera vez en 1944 por G. & C. Merriam Company. Este diccionario provee una transcripción fonética de la pronunciación general americana de las palabras.

desgraciadamente inadecuado es esto como base para el estudio de la variación del inglés, pero pueden ver por ejemplo, J. Harris (1985).

En otro lugar (Milroy 1999: 24-26) he señalado algunos juicios de gramaticalidad que muestran la influencia de la ideología del estándar y lo retomaré aquí brevemente. Algunas veces parece que no hay buenas razones para describir una determinada construcción como agramatical. Un caso es el de (Creider, 1986) las secuencias que contienen dobles relativas incrustadas con pronombres de reanudación (*resumptive*) (por ejemplo “Él bajó por el río, que nosotros no sabíamos dónde iba este”) son consideradas irremediable e invariablemente agramaticales en inglés<sup>15</sup>. El criterio para este juicio parece ser, en parte, literario así como aquellas secuencias que son clasificadas como gramaticales en español y en noruego, aparentemente lo son porque ocurren “en la literatura seria” (1986: 415). El segundo criterio de Creider para la gramaticalidad descansa en la idea de la *legitimidad*, lo que discutiremos más adelante en la sección 6. Esta construcción con un pronombre de reanudación es reconocida con un nombre específico en los libros de gramática daneses y noruegos, así que están *codificados* y *legitimados* en estos lenguajes. Claramente, esta versión de la gramaticalidad no tiene nada que ver con la “intuición del hablante nativo”: estos criterios son del mismo tipo que aquellos de los no especialistas, son puramente culturales. De una manera u otra, este parece ser el caso frecuentemente.

En los primeros días de la gramática transformacional, era bastante común ver oraciones que eran gramaticales en variedades regionales y estilos casuales, marcadas con un asterisco como -simplemente- agramaticales en inglés, sin ninguna explicación de por qué eran agramaticales. Algunos de estos lingüistas parecían tener un poder de observación bastante limitado parecían no ser conscientes de las formas estructurales de otras variedades que no fueran el estándar literario. Así, por ejemplo, las oraciones del tipo *los huevos está roto* (*the eggs is cracked*) con un sintagma nominal en plural seguido de un verbo que puede estar en singular en el estándar, a veces era marcada como agramatical incluso cuando esas oraciones son regulares (es decir, gobernadas por reglas) en muchas variedades regionales. De manera similar, las oraciones como *ellos han hecho este último año* (*They've done it last year*) o *él ya lo hizo* (*he did it already*) han sido consideradas por lingüistas británicos como agramaticales, aun cuando tienen la certeza de que ocurren regularmente tanto en el inglés británico como en el americano. Yo presumo que esta tendencia de los teóricos a depender de una única variedad (como codificada) es bastante conocida, y no necesito dar numerosos ejemplos para sustentar aquí mi punto. Nótese, sin embargo, todo lo que esto implica: oraciones que son gramaticales en los estilos formales del estándar, el inglés literario es considerado gramatical, mientras que las secuencias que ocurren regularmente en otras variedades son definidas como gramaticales solamente si coinciden con el estándar (formal, literario); de otra manera, son susceptibles de ser señalados como agramaticales. Es difícil ver cualquier diferencia, *en principio*, entre estos juicios de gramaticalidad y aquellos que son del público general, y ellos parecen ser igualmente dependientes de la ideología estándar. Por algunas décadas los

---

<sup>15</sup> N. de T. Los pronombres de reanudación (*resumptive pronouns*) son aquellos pronombres que en una cláusula relativa hacen referencia al antecedente nominal después de una pausa o una interrupción. ([http://www.glottopedia.org/index.php/Resumptive\\_pronoun](http://www.glottopedia.org/index.php/Resumptive_pronoun)).

En el ejemplo que aporta Milroy para el inglés, hay un pronombre de reanudación y dos cláusulas relativas incrustadas: It went down over by the river<sub>i</sub> [that<sub>i</sub> we don't know (where it<sub>i</sub> goes)]

supuestos acerca de los datos legítimos para el análisis lingüístico eran implícitamente comprensivos con el estatus superior y con la mayor prominencia del inglés estándar y pueden haber contribuido un poco con el mantenimiento de esta variedad.

En la selección de una variedad uniforme y bien definida para el análisis, los teóricos del lenguaje pueden desear mostrar que ellos están exclusivamente preocupados por las propiedades internas del lenguaje y no con cuestiones culturales o sociales, los cuales pueden mezclarse en el análisis. Pero cuando una variedad estándar es explícitamente seleccionada o cuando este se cierne en el trasfondo del análisis, parece que los supuestos acerca de las cuestiones sociales están necesariamente involucrados porque, a pesar de que la propiedad interna clave de un estándar sea la uniformidad, este se caracteriza externamente por numerosos criterios sociales e ideológicos: es usado en la escritura, tiene el estatus de “educado”, tiene funciones literarias y ha adquirido “prestigio”. De esta manera, cuando una variedad estándar es seleccionada, es difícil evitar que se inmiscuya en el estudio interno del lenguaje una serie de supuestos no analizados que están condicionados por la ideología del estándar. Además de las ideas de prestigio y corrección, los supuestos más generales que están condicionados por la ideología son que las lenguas son uniformes en su estructura, que son estables y que son entidades finitas. De cualquier manera, estas son propiedades discutibles, no propiedades reales del lenguaje, sino propiedades de los estados idealizados del lenguaje, y son, especialmente, propiedades de las lenguas estándar.

No debería sorprendernos que las evaluaciones sociales pueden verse involucradas en lo que es pensado como una descripción lingüística objetiva, ya que el lenguaje en uso es necesariamente un fenómeno social. Es difícil desterrar todo lo que es social del estudio del lenguaje, a pesar de todos los esfuerzos que se hagan en este sentido, y usualmente no son hechos. Como para el lenguaje en uso, no puede ser empíricamente observado *excepto* en contextos sociales y situacionales, e incluso la data idealizada extraída de estas observaciones debe basarse en datos reales observados en contextos sociales. Para separar los factores internos de los externos puede haber, por lo tanto, un problema más difícil del que había sido asumido, porque si vamos a excluir los factores externos de la descripción del lenguaje, tendremos que ser explícitos acerca de lo que esos factores externos son, entonces tendremos que describirlos adecuadamente. Sacar el lenguaje de su contexto requiere entonces más conocimiento acerca de los asuntos sociales que los que normalmente tienen los teóricos del lenguaje.

Idealmente, el análisis sociolingüístico del lenguaje puede cumplir con una separación basada en principios de criterios internos y externos, y explicar las funciones de los criterios externos: sin embargo, yo no creo que el trabajo en el paradigma cuantitativo sea aún apto para hacer muy bien estas cosas. Algunas veces el método cuantitativo, siguiendo a Labov, es aplicado rutinariamente y de manera acrítica y, en general, se le presta menos atención al costado social que al lingüístico en este proyecto. El paradigma cuantitativo, como metodología, descansa directamente en la lingüística y está dedicado primeramente al análisis interno del lenguaje antes que a la sociedad.

Hace algún tiempo expresé la opinión (1992b: 357) de que la sociolingüística se podía beneficiar en gran medida con el trabajo de otras ciencias sociales, pero todavía es una gran verdad que el análisis social en la sociolingüística cuantitativa es relativamente superficial. Generalmente no hay un reconocimiento explícito de que el análisis de las clases sociales

depende de una teoría de las clases sociales, por ejemplo, y términos como *clase* y *estatus* son usados de manera casi intercambiable, por no hablar de *estándar* y de *prestigio*. La distinción de Labov entre *cambio desde arriba* y *cambio desde abajo* se basa en dos criterios, los cuales no son entramados uno sobre el otro y son confundidos: la idea de que los hablantes son conscientes de las variedades y la idea de que las clases sociales son una superior y una inferior (lo cual es totalmente diferente). Es problemático por esta razón y porque las comunidades de habla no están exclusivamente basadas en las diferencias de clases sociales (revisar Milroy 1998: 44-46); sin embargo, a menudo, los investigadores utilizan esto como un medio para clasificar los cambios. Otras categorías sociales, como la etnicidad, no son siempre analizadas de forma completa y minuciosa como deberían serlo y pueden llegar a ser usadas simplemente como niveles categoriales. Por consiguiente, la forma social de la comunidad de habla como algo imaginado en el paradigma cuantitativo es más simple de lo que una comunidad real probablemente es. Sin embargo, lo que es más importante aquí es el hecho de que los métodos de la sociolingüística cuantitativa están basados no en una teoría social, sino en el análisis estructural interno del lenguaje. Muchos de los conceptos claves y las metodologías, como el de variable lingüística, están basados en la lingüística estructuralista.

Hay otras limitaciones en los métodos que hemos usado, incluyendo el hecho de que virtualmente todas las investigaciones cuantitativas han sido llevadas a cabo en culturas de lengua estándar y, además, principalmente en situaciones monolingües. Este tipo de situación lingüística no es imaginada como un grupo de recursos lingüísticos (como Grace 1981, propone), sino que se supone que consiste en un sistema coherente de partes interdependientes, en el cual incluso la variedad es pensada como estructurada. Los cambios son descritos como parte de las situaciones monolingües dentro de esta única entidad estructurada, y en la versión clásica de la metodología, las situaciones bilingües no se investigan sistemáticamente. La idea de los cambios fonéticos en cadena (*chainshift*) que figura prominentemente en Labov (1994), junto con nociones relacionadas como la forma simétrica del espacio fonológico, es también manifiestamente estructuralista. Ahora, si bien de hecho no se deduce que el paradigma cuantitativo esté esclavizado por la ideología del estándar, de hecho es bastante crítico de algunos aspectos de esa ideología. Aunque las situaciones del lenguaje investigadas por los sociolingüistas son fluidas, dinámicas y con final abierto, la concepción (estructuralista) del lenguaje que subyace a la disciplina trata el lenguaje como algo estático y determinado. En efecto, no está claro si podríamos tener una teoría estructuralista del lenguaje en absoluto, a menos que asumiéramos la existencia teórica de estados del lenguaje finitos y estables, siendo estos lenguas estándar o teniendo las características de las lenguas estándar. Así, de formas bastante complicadas, la sociolingüística cuantitativa está más afectada por la ideología del estándar de lo que tal vez debería, y estos efectos pueden ser sutiles y penetrantes. Es necesario decir más acerca de la influencia de la ideología del estándar en la lingüística, pero espero discutir esto de forma más completa en el futuro. Aquí, debo continuar para considerar una característica esencial de la ideología por sí misma, la necesidad de la lengua estándar de ser mostrada como la variedad legítima de una lengua. Este es uno de los aspectos más interesantes de la ideología, en especial porque esta legitimidad ha sido construida no simplemente sobre el consenso general de la población, sino por los esfuerzos de los mismos lingüistas académicos.

## 5. LEGITIMANDO EL LENGUAJE

El establecimiento de la idea de una variedad estándar, la difusión del conocimiento sobre esta variedad, su codificación en libros de gramática y en diccionarios ampliamente usados y su promoción en un gran rango de funciones, todo esto lleva a la devaluación de otras variedades. La forma estándar se convierte en una forma **legítima** y otras formas, en la mente popular, en ilegítimas. Los lingüistas históricos han sido determinantes en establecer esta legitimidad, porque, desde luego, es importante que la lengua estándar, siendo la lengua de un estado-nación y, a veces, de un gran imperio, pueda compartir la (gloriosa) historia de ese estado-nación. En efecto, la lengua es comúnmente vista como parte de la identidad de ese estado-nación. La variedad estándar del inglés, conocida por Wyld (1927: 16-17) como el “Estándar Recibido”, era para él y para Henry Swett antes que él, el “dialecto” más importante y la variedad en la cual la historia del inglés debía estar basada: los otros dialectos, esto fue abiertamente declarado, podían ser ignorados a excepción de aquellos que hubieran contribuido a la historia del Estándar Recibido. Hasta este punto, esos “dialectos” tenían un grado de legitimidad, pero en Inglaterra esos dialectos legítimos eran dialectos rurales solamente, ya que los dialectólogos victorianos habían demostrado que esas formas rurales podían ser útiles en la reconstrucción de los estados primitivos del inglés. Esos dialectos, entonces, *tienen historias* y la historización es un factor clave en la legitimidad. Con los vernáculos urbanos era totalmente diferente.

Las formas urbanas del inglés, aunque probablemente usadas por la mayoría de las personas de esa época, están “en el fondo del tarro”. Estos no fueron “dialectos” en absoluto: fueron vistos por Wyld (sin duda, de acuerdo con la opinión general) como intentos vulgares e ignorantes de adoptar o imitar la forma estándar y entonces, fueron ilegítimos, no representativos del “lenguaje” como tal y no fueron parte del estudio legítimo de ninguna lengua particular. Además, eran peligrosos: trataron de vulgarizar y contaminar la “lengua”; por eso, su forma estándar debía ser protegida de su influencia. Más importante, *no tenían en esta vista historias independientes propias*, y es esto principalmente lo que los hacía ilegítimos en la mente de los lingüistas históricos. Empezar un estudio de una variedad urbana por propia voluntad, hasta bien avanzada la década de 1960, tenía un gran riesgo para la carrera futura de cualquier joven académico en Gran Bretaña, y es significativo que uno de los primeros estudios urbanos (de Cockney: Silvertsen, 1960) fuera llevado a cabo por un noruego, que no requería un empleo dentro del sistema universitario británico.

Espero que estos puntos dejen en claro *cuán* ilegítimas son algunas variedades; cuánto las instituciones de profesionales, en estos casos, comparten las actitudes del público general, y cuán poderosos son esos puntos de vista en la práctica. Desde luego, son del “sentido común”, pero esto fue respaldado por los “hallazgos científicos” de los lingüistas históricos (en este sentido revisar especialmente la discusión que hace Crowley (1989: 1574-204) de la obra de Wyld).

He discutido estos asuntos en otro lado (Milroy, 1999, 2000) y lo haré en trabajos próximos. Lo que quiero dejar en claro aquí es que la práctica de escribir la historia del inglés ha estado fuertemente afectada por las actitudes de Sweet, Wyld y otros prominentes académicos. Estas

historias, hasta hace muy poco, siempre han sido designadas como historias de la estructura interna de una variedad, la lengua estándar (usualmente asociada con la historia literaria y con los estilos formales y escritos), con guiños ocasionales a “los dialectos”. Estas son en gran parte *codificaciones* de la historia de la lengua estándar. Más importante, *esas codificaciones son ellas mismas parte del proceso de la legitimación de una lengua estándar en su función como lengua de un estado-nación*. En el caso del inglés, hay especialmente dos estados-nación especialmente prominentes, y varios otros.

Cuando la lengua recibe una historia autorizada (casi “oficial”), esto nos asegura que no ha brotado meramente en la mitad de la noche como un hongo, y rastrearla tan atrás como sea posible se convierte en algo importante. Un estudio reciente y popular (Claiborne, 1983: 7) sostiene que “la historia de la vida y de las etapas del inglés desde hace aproximadamente ochocientos años atrás hasta el presente es una historia larga y fascinante”<sup>16</sup>. Las propuestas de los profesionales del lenguaje son más silenciosas que esta, pero son del mismo tipo. La historización de una lengua requiere que esta posea una historia continua e ininterrumpida, un ancestro respetable y legítimo y un gran pedigrí. Es también deseable que sea tan pura como sea posible y que no se haya mezclado (aunque es posible presumir que una lengua que se acomoda tomando préstamos de otras lenguas es flexible y se ha enriquecido en el proceso, en mi lectura de la historia de la lengua esto es secundario). Para el inglés, los doctos académicos del siglo XIX proveyeron todas estas cosas en abundancia y su autoridad continúa siendo efectiva también en la segunda mitad del siglo XX. Walter Skeat, por ejemplo, enfatiza la continuidad del inglés:

Los ojos deben estar abiertos a la unidad del inglés, que en la literatura inglesa hay un sucesión ininterrumpida de autores, desde el reinado de Alfredo al de Victoria, y el inglés en el cual hablamos *actualmente* es absolutamente *uno* en su esencia, con el lenguaje que hablaron en los días cuando la lengua inglesa invadió por primera vez esta isla y derrotó y abrumó a sus habitantes británicos (Skeat, 1873: xii citado por Crowley, 1990: 46)<sup>17</sup>

De acuerdo con esto, los dialectos germánicos hablados por los colonos de Britania del siglo V se convirtieron milagrosamente en “inglés” tan pronto como pusieron un pie en suelo británico. La lengua inglesa como una entidad singular tiene 1500 años de historia continua e ininterrumpida, a pesar del hecho de que el inglés antiguo (anglosajón) no es accesible a los lectores modernos sin un aprendizaje especial y puede ser difícil de distinguir en el año 450 D.C. de los dialectos germanos del continente europeo. Pero las ideologías de las épocas requieren continuidad y se ha sostenido repetidamente que el inglés antiguo es prácticamente la misma lengua que el inglés presente y es la propiedad de la nación inglesa, aun cuando parezca muy diferente y no sea la misma lengua por ninguno de los parámetros normales de comparación. Para establecer esta continuidad era necesario hacer que la juventud inglesa (y americana) sea consciente de su herencia “sajona”. Una historia victoriana tardía del inglés

---

<sup>16</sup> N. de T. Cita original: “the story of the life and times of English, from perhaps eight thousand years ago to the present, is a long and fascinating one” (Claiborne, 1983: 7)

<sup>17</sup> N. de T. Cita original: “eyes should be opened to the Unity of English, that in English literature there is an unbroken succession of authors, from the reign of Alfred to that of Victoria, and that the English which we speak now is absolutely one in its essence, with the language that was spoken in the days when the English first invaded the island and defeated and overwhelmed its British inhabitants.” (Skeat, 1873: xii cited by Crowley, 1990: 46)

(Toller 1900) de 284 páginas publicadas en un libro de texto para estudiantes, no llega a la Conquista Normanda sino hasta la página 203<sup>18</sup>.

La historia de Toller, junto con muchas otras, se dedica devotamente a establecer un linaje germánico e indoeuropeo del inglés, como trasfondo del tardío desarrollo del estándar del inglés moderno. El hecho de que el inglés, a primera vista, parece ser “menos germánico” que otras lenguas germánicas hace que sea particularmente importante establecer que esta es, en efecto, una lengua germánica. Puede parecer como una hibridación, pero estos académicos han podido demostrar con doctos argumentos que realmente no lo es. Por supuesto no es para nada evidente que el inglés sea puro y sin mezcla, o que este tenga una historia sin rupturas, e incluso su membresía en la familia de las lenguas germánicas puede ser cuestionada (Baitley, 1996). Pero, a través de estos medios tendenciosos, los académicos victorianos ayudaron a conferir legitimidad a la lengua inglesa. También podemos ver en las observaciones de Skeat una tendencia a igualar la lengua con la raza y con la nacionalidad, y muchos de los comentarios de los académicos victorianos eran bastante racistas. “Es evidente- dijo George P. Marsh (1865:153), que la unidad del habla es esencial para la unidad del pueblo”. Este era el pueblo “sajón” (británicos y americanos), los hablantes de la lengua sajona.

Esta preciosa herencia también tenía que ser protegida de la corrupción y del deterioro. Muchos académicos influyentes del siglo XIX han sido muy explícitos acerca de la corrupción del lenguaje por parte de los hablantes ignorantes y aseguraban ser capaces de distinguir los cambios lingüísticos legítimos de aquellos que eran meras “corrupciones”. Entre estos, Marsh (1865: 458) se destacaba nuevamente. En sus textos, él advierte contra las “corrupciones positivas, las cuales tienden al deterioro de la lengua”<sup>19</sup> y distingue aquellas de los cambios lingüísticos “que pertenecen al carácter del habla como un semi-organismo, connatural con el hombre y por eso participante de sus mutaciones”. Las corrupciones, no así los cambios, surgen por causas accidentales y extrañas (nótese cómo esta distinción anticipa la resistencia del siglo XX a las explicaciones sociales; es decir, “extrañas”, sobre el cambio lingüístico y legitiman la idea de un cambio desencadenado por causas internas). Para Marsh, muchas de estas corrupciones fueron, desde luego, el trabajo de lo vulgar y lo ignorante, pero algunas se deben a la intromisión de los gramáticos (1865: 461). El objetivo subyacente de todo esto, como ya he tratado de mostrar en otra parte (Milroy, 2000), era limpiar y purificar la lengua, y los académicos medievales, como Skeat, lo hicieron aplicando la doctrina de la corrección retrospectivamente. Era común enmendar los “errores” de los escribas originales – por razones dudosas – para hacer que su lengua fuera más aceptable y uniforme para el sentido victoriano de la corrección.

De forma muy interesante, Marsh objetó el pasivo progresivo como en *la casa está siendo construida* (*the house is being built*), el cual, según él, era “un neologismo torpe, que no requiere conveniencia, inteligibilidad ni congruencia sintáctica”<sup>20</sup>. Él prefería *la casa está*

---

<sup>18</sup> N. de T. La Conquista Normanda se produjo en el siglo XI D.C. y fue liderada por Guillermo II de Normandía, también llamado Guillermo, El conquistador (William, the Conqueror), quien dirigió las tropas normandas, bretonas y francesas que invadieron Inglaterra y derrotaron al Rey Haroldo II.

<sup>19</sup> N. de T. Cita original: “positive corruptions, which tend to the deterioration of a tongue” [...] “which belong to the character of speech as a living semi-organism with man, and so participating in his mutations” (Marsh 1865:458)

<sup>20</sup> N. de T. Cita original: “an awkward neologism, which neither conveniences, intelligibility, nor syntactical congruity demands” (Marsh, 1865)

*construyendo (the house is building)* que era probablemente casi obsoleta para 1859, y mostró la legitimidad histórica de esta forma volviendo a lo que él llamaba “sajón”. La importancia de este ejemplo es que demuestra cómo las formas particulares pueden ser legitimadas a través de la historización. *Darle una historia a una forma era darle legitimidad*. En cuanto a *ser construida (being built)*, Marsh creía que resistir tal corrupción era un deber moral: “Poner en ridículo tales ofensas... detectar la oblicuidad moral que a menudo acecha debajo de ellas, es un deber sagrado de todo académico”<sup>21</sup>. La legalidad del inglés correcto está respaldada aquí por la moral y aún todavía a menudo lo sigue siendo.

No hay criterios objetivos (no ideológicos) para distinguir entre “corrupciones” y “cambios”. Es claro, sin embargo, que los académicos de la última parte del siglo XIX, muchos de los cuales sostenían que eran observadores objetivos del lenguaje y creyentes en la lingüística, estaban muy afectados por las ideologías dominantes en la época, principalmente una teoría elitista de las clases sociales y a veces también con elementos discernibles de racismo y nacionalismo. La pureza es la pureza, no importa si se trata de la pureza de la lengua o de la pureza de la raza.

Aunque esas ideologías supuestamente han sido desterradas de la lingüística, la preocupación por la pureza y la legitimidad parece todavía merodear en algunas áreas, incluyendo los aspectos interpretativos de la lingüística histórica. Thomason and Kaufman (1988: 263-342) presentan un estudio de caso de la historia del inglés que asume “una descendencia genética del germánico y una descendencia directa del Anglosajón”, y proponen una larga y continua historia sin ninguna ruptura y con (relativa) pureza. El inglés, sostienen, no es una lengua “mestiza”. Por muchas razones que no son relevantes aquí, su estudio de caso tiene puntos débiles y está mal elegido como soporte de los argumentos para su libro, pero es relevante porque puede ser visto como una continuación (con diferente terminología) de la posición tradicional sobre el linaje del inglés (para esto véase también Milroy, J., 1996). Hay un debate muy similar de William Smith en su edición de Marsh (1865: 37-38). Debajo del titular de la página “El inglés no es una lengua mestiza”, Smith discute la influencia de otras lenguas, pero concluye que el inglés “todavía permanece esencialmente como una lengua germana”<sup>22</sup>. Por consiguiente, tenemos etiquetas adecuadas para el inglés: es una lengua *germana* y es una lengua *pura*. Estas etiquetas son defendidas en términos de la estructura lingüística interna, que se cree que es decisivo en el debate, sin embargo, hasta tanto no sea evidente que el inglés moderno es una lengua germánica y pura, las etiquetas son ideológicas. Un propósito subyacente de todo esto es apoyar el antiguo linaje del inglés y la idea de la inquebrantabilidad de su historia del anglosajón.

En términos más generales, la reificación de las lenguas que son independientes de sus hablantes y de la sociedad, todavía disfruta de buena salud en muchos de los enfoques de la lingüística histórica y del cambio lingüístico. Si la caracterización de Roger Lass de la lingüística histórica, por ejemplo, es correcta, necesitamos considerar de manera muy seria la relación entre la ideología del estándar y la manera en la cual las lenguas han sido reificadas como entidades abstractas, independientes de los hablantes y de las sociedades. Esto es lo que

---

<sup>21</sup> N. de T. Cita original: “To pillory such offences... to detect the moral obliquity that often lurks beneath them, is the secret duty of every scholar” (Marsh, 1865)

<sup>22</sup> N. de T. Cita original: “Still remained essentially a German (sic) tongue”

él dice: “los lingüistas han tratado normalmente el lenguaje como si este fuera un objeto natural autónomo (o un sistema formal autónomo): hablan de “los cambios del lenguaje”, como si no fueran los hablantes (necesariamente) los que lo cambian (Lass, 1980: 120)<sup>23</sup>. En algún lugar existe una abstracción, o idealización, que tiene límites claros, una estructura definida y determinada, y la habilidad (dentro de sí misma e independientemente de los hablantes) para transmutarse ella misma de un estado al otro. Esta entidad no luce como la situación lingüística del Pacífico que hemos descrito más arriba: aparte de su habilidad milagrosa para transmutarse sin la intervención de los hablantes y la sociedad, se parece mucho más a una lengua estándar.

## 6. OBSERVACIONES FINALES

En esta discusión puede parecer que me he alejado de nuestra preocupación central por la estandarización, pero es importante considerar la idea de legitimidad de una lengua y la importancia de la historia como factor legitimador. Anoté más arriba, por ejemplo, que los dialectos rurales ingleses fueron -en cierta medida- legitimados por la investigación dialectal porque se les dieron historias, pero que las lenguas vernáculas urbanas permanecieron como ilegítimas. Podemos sugerir que el proceso de legitimación se está extendiendo ahora más ampliamente a las variedades que tradicionalmente han sido estigmatizadas, incluidas las variedades urbanas, ciertas variedades del sur de Estados Unidos y el inglés vernáculo afroamericano. La historización del inglés vernáculo afroamericano, en particular, es un área de investigación muy activa (ver, por ejemplo, Poplack 2000). Su linaje se está discutiendo y disputando actualmente, y una versión autorizada será oportunamente aceptada convencionalmente.

Los comienzos de esta legitimación no se produjeron hasta la publicación del trabajo de Labov (1966) sobre la ciudad de Nueva York y sus estudios sobre el "Inglés negro vernáculo" (1972). Después de 1966, fue posible progresar profesionalmente estudiando variedades urbanas: habían adquirido legitimidad *académica*. De acuerdo con el tipo de razonamiento que he estado usando, con el tiempo esto puede alimentar las actitudes populares hacia las variedades sin prestigio y posiblemente se produzca una mayor tolerancia a la variación lingüística. Si lo hace, habrá surgido como resultado de una investigación académica. El mismo acto de llevar a cabo y publicar la investigación pertinente es parte del proceso de legitimación. Por supuesto, esto no es necesariamente lo que se pretende conscientemente. Por el contrario, la mayoría de los investigadores consideran que los métodos sociolingüísticos cuantitativos son objetivos, científicos y responsables de los datos, y que no tienen un propósito ideológico ni efecto alguno.

Por lo tanto, podríamos esperar que los sociolingüistas cuantitativos eviten suscribirse a la ideología estándar. También podríamos esperar que vean toda la cuestión de la estandarización como algo que deben investigar y aclarar. Después de todo, las lenguas en las que han trabajado más recientemente son aquellas que tienen formas estándar y estas lenguas

---

<sup>23</sup> N. de T. En el original: “Linguist have, I would maintain, normally treated language as if it were an autonomous natural object (or an autonomous formal system): “language changes” - it is not (necessarily) speakers that change it” (Lass, 1980: 120)

pueden tener características sociolingüísticas que difieren de las situaciones de lengua no estandarizada. Por lo tanto, uno podría esperar que la cuestión de la estandarización de la lengua sea bastante central en la materia. Sin embargo, he argumentado anteriormente que los profesionales no siempre han sido muy críticos con los asuntos relacionados con el prestigio social y la estandarización, y el trabajo en el tema ha perpetuado en cierta medida la confusión y las ambigüedades que han rodeado estas nociones en el pasado. Para entender por qué algunos lingüistas que están abiertamente interesados en la sociedad parecen descuidar asuntos sociales importantes, creo que necesitamos volver a la separación saussureana de las explicaciones internas de las externas y su rechazo a las explicaciones externas en la lingüística como disciplina (evitaré cualquier especulación sobre si esta dicotomía es en sí misma ideológica).

En este contexto, como hemos notado, los sociolingüistas cuantitativos normalmente ven su tema como una rama de la lingüística y no de ninguna otra ciencia social. Sus objetivos son lingüísticos y no sociales, y se abordan mediante el análisis de patrones que son internos al lenguaje. Los patrones sociales solo se aducen en la medida en que pueden dilucidar patrones de la lengua al exhibir una covariación con variables lingüísticas. En otras palabras, la dicotomía saussureana parece ser silenciosamente aceptada como axiomática: el análisis interno es un asunto serio; los factores externos no son de interés central. He intentado mostrar en este trabajo que ha llegado el momento de que volvamos a interrogar esta dicotomía y reconsideremos su influencia en la lingüística, específicamente en el paradigma cuantitativo y en las teorías del cambio lingüístico. La sociolingüística cuantitativa, al igual que otras ramas de la lingüística, está influida en cierta medida por suposiciones no analizadas sobre la sociedad, y una de estas suposiciones no analizadas se relaciona con la estandarización. Como las situaciones lingüísticas estudiadas han sido principalmente en las culturas de lengua estándar y como la definición de qué constituye una lengua está en cuestión, cabría esperar que el estudio de la estandarización sea bastante central en la sociolingüística; sin embargo, mientras la dicotomía saussureana continúe siendo axiomática y mientras los análisis internos estén bastante sesgados a favor de los fenómenos lingüísticos, en lugar de sociales, el paradigma cuantitativo se verá impedido en su intento de explicar la “vida” social de la lengua y los orígenes sociales del cambio lingüístico.

## **NOTAS:**

### **Del autor**

I. Este artículo es una versión revisada de un artículo enviado a la Chicago Linguistic Society el 28 de abril de 2000, y publicado en sus registros. Agradezco los comentarios de los participantes, y especialmente agradezco por los comentarios provechosos de Allan Bell, Nikolas Coupland y dos anónimos comentaristas de la versión anterior. Por supuesto, yo soy completamente responsable de los puntos de vista expresados en este artículo.

II. Nikolas Coupland ha llamado mi atención sobre una caracterización adicional y común de 'estándar', que es 'corriente'. Esta es más o menos la posición de Randolph Quirk (1968) - para él, el estándar es la variedad que menos llama la atención. Esto sólo puede ser cierto para la élite o los miembros altamente educados de una sociedad; para un hablante de dialecto regional, el estándar es la

variedad marcada o excepcional. Por lo tanto, esta definición está en sí misma condicionada por la ideología estándar, y es rechazada aquí

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bailey, Charles-James N. (1996) *Essays on Time-based Linguistic Analysis*. Oxford: Clarendon Press.
- Bolinger, Dwight. (1980) *Language: The Loaded Weapon*. London: Longman.
- Bolton, William F. (ed.) (1966) *The English Language. Essays by English and American Men of Letters 1490-1839*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cameron, Deborah (1995) *Verbal Hygiene*. London: Routledge.
- Chomsky, Noam and Morris Halle (1968). *The Sound Pattern of English*. New York: Harper and Row.
- Claiborne, Robert (1983). Our Marvelous Native Tongue. *The Life and Times of the English Language*. New York: Times Books.
- Coupland, Nikolas (2000). Sociolinguistic prevarication about Standard English. *Journal of Sociolinguistics* 4: 622-634
- Creider, Chet (1986) Constituent-gap dependencies in Norwegian. An Acceptability study. In David Sankoff (ed.) *Diversity and Diachrony*. Amsterdam: John Benjamin, 415-424.
- Crowley, Tony (1989) *Standard English and the Politics of Language*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press
- Crowley, Tony (1990) The obscure object of desire: A science of language. In John E. Joseph and Talbot J. Taylor (eds.) *Ideologies of Language*. London: Routledge: 27-50.
- Gimson, Alfred C. (1970) *An Introduction to the Pronunciation of English* (2nd ed.) London: Edward Arnold.
- Grace, George (1981) Indirect inheritance and the aberrant Melanesian languages. In Jim Hollyman and Andrew Pawley (eds.) *Studies in Pacific Language and Cultures in Honour of Bruce Biggs*. Auckland: Linguistic Society of New Zealand. 255-268.
- Grace, George (1990) The “aberrant” (vs. “exemplary”) Melanesian languages. In Philip Baldi (ed.) *Linguistic Change and Reconstruction Methodology*. Berlin: Mouton de Gruyter. 155-173
- Grace, George (1991) How do languages change? (More on “aberrant languages”) Paper presented at the Sixth International Conference on Austronesian linguistics, Honolulu.
- Grace, George (1993) What are language? *Ethnolinguistic Notes* (Series 3, Number 45). Printout: University of Hawaii.
- Harris, John (1985) *Phonological Variation and Change: Studies in Hiberno-English*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Haugen, Einar (1966) Dialect, language, nation. *American Anthropologist* 68: 922-935.
- Heilbroner, Robert L. (1999) *The Wordly Philosophers* (7th ed.). New York: Touchstone.
- Heryanto, Ariel (1990) The making of language: Developmentalism in Indonesia. *Prisma* 50: 40-53.
- Jahr, Ernst Håkon (1989) Language planning and language change. In Leiv Egil Breivik and Erns Håkon Jahr (eds.) *Language change: Contributions to the Study of its Causes*. Berlin: Mouton de Gruyter. 99-114.
- Joseph, John E. and Talbot J. Taylor (eds.) *Ideologies of Language*. London: Routledge.
- Labov, William (1966) *The social Stratification of English in New York City*. Washington, DC: Center for Applied Linguistics.
- Labov, William (1990) The intersection of sex and social class in the course of linguistic change. *Language Variation and Change* 2: 205-251.
- Labov, William (1994) *Principles of Linguistic Change. Internal Factors*. Oxford: Blackwell.
- Lass, Roger (1980). *On Explaining Language Change*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Lass, Roger (1997). *Historical Linguistics and Language Change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Marsh, George, P. (1865). *Lectures on the English Language* (ed. by William Smith). London: John Murray.
- Milroy, James (1992a) Middle English dialectology. In N.F. Blake (ed.) *Cambridge History of the English Language II*. 156-206.
- Milroy, James. (1992b) The theoretical status of sociolinguistics. in Kingsley Bolton and Helen Kwok (eds.) *Sociolinguistic Today: International Perspectives*. London: Routledge 356-360.
- Milroy, James. (1996) Linguistic ideology and the Anglo-Saxon lineage of English. In Juhani Klemola, Merka Kytö and Matti Rissanen (eds.) *Speech Past and Present: Studies in English Dialectology in Memory of Ossi Ihalainen*. Frankfurt: Peter Lang. 169-186.
- Milroy, James (1998). Exploring linguistic variation to explain language change. *Sociolingüística* 12: 29-52.
- Milroy, James (1999). The consequences of standardisation in descriptive linguistics. In Tony Bex and Richard J. Watts (eds.) *Standard English: The Widening Debate*. London: Routledge. 16-39
- Milroy, James (2000) Historical description and the ideology of the standard language. In Laura Wright (ed.) *The Development of Standard English*. Cambridge: Cambridge University Press. 11-28.
- Mühlhäusler, Peter (1996) *Linguistic Ecology*. Oxford: Blackwell.
- Poplack, Shana (ed.) 2000. *The English History of African American English*. Oxford: Blackwell.
- Quirk, Randolph (1968) *The use of English* (2nd ed.). London: Secker and Warburg.
- Saussure, Ferdinand de. (1983). *Course in General Linguistics* (trans. Roy Harris) London: Duckworth
- Silverstein, Michael (1996) Monoglot "standard" in America: Standardization and metaphors of linguistic hegemony. In Donald Brenneis and Ronald K. S. Macaulay (eds.) *The Matrix of Language: Contemporary Linguistic Anthropology*. Boulder, Colorado: Westview Press. 284-306.
- Silversten, Eva (1960) *Cockey Phonology* (Oslo Studies in English 8). Oslo: Oslo University Press.
- Skeat, Walter W. (1873) *Questions for Examination in English Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, Jeremy J. (1996) *An Historical Study of English*. London: Routledge.
- Thomason, Sarah G. and Terrence Kaufman (1988) *Language Contact Creolization, and Genetic Linguistics*. Berkeley: University of California Press.
- Toller, Thomas N. (1900). *History of the English Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Weinreich, Uriel, William Labov and Marvin Herzog (1968) Empirical foundations for a theory of language change. In Winfred P. Lehmann and Yalkov Malkiel (eds.) *Directions for Historical Linguistics*. Austin: University of Texas Press. 95-189.
- Wyld, Henry C. (1934) The best English: A claim for the superiority of Received Standard English. *Society for Pure English* 4. Tract XXXIX. Oxford: Clarendon Press.